



XX

ESTEFANÍA pasó todo el día encerrada en su cuarto, donde se presentó M. Leminof una hora antes de comer. Cuando entró, su hija que estaba pintando, se levantó y salió á su encuentro. El conde le cogió la mano, acercándola con galantería á sus labios; y ofreciéndole el brazo, la condujo al sofá, sentándose á su lado. Durante algunos momentos, su hija le contempló en silencio y de repente sintió un temblor general.

«Ese hombre es mi padre, pensó, y á no ser por Gilberto, hubiera sido mi asesino.»

El conde frunció ligeramente las cejas. Preveía una escena de lágrimas, de explicaciones tempestuosas, de efusiones sentimentales, y las lágrimas, las explicaciones y el sentimiento le causaban horror.

—Querida hija—le dijo en tono brusco y resuelto—durante los seis años que acaban de transcurrir, no tenéis motivo alguno para elogiar mi ternura; pero aun cuando discutiéramos sobre eso hasta mañana ¿qué fruto sacaríamos? Básteos saber que, engañado por falsos indicios, no os consideraba hija mía. Anoche, un feliz incidente desvaneció mi funesto error, y no hay que temer una recaída. Olvidemos, pues, lo pasado y no nos ocupemos sino del porvenir.

Estefanía, repuesta al momento de su turbación, contestó á su padre con jovialidad:

—Os aseguro que, por poco que me ayuden, soy la persona más olvidadiza del mundo.

M. Leminof quedó tan satisfecho de su contestación y jovialidad, que le dió tres cariñosas palmaditas en las mejillas.

—Por lo demás—prosiguió la joven—me habéis sorprendido en un momento de muy buen humor. Acabo de hacer un descubrimiento que me encanta. He descubierto que tengo un alma fuerte, y para expresarme mejor, un gran carácter.

—¿Lo dudabais?—dijo el conde sonriendo.

—Conocía que era violenta, muy violenta, pero no es lo mismo. Hace algunas semanas, permitidme que no precise la fecha, vivía envuelta en un torbellino de emociones que no tenía tiempo de explicarme á mi misma, mi corazón latía con harta violencia; tenía calentura. Ayer tarde, fijando mi destino, volvisteis el sosiego á mi alma, y esta noche no han sido los espectros los que se han sentado á mi cabecera, sino una persona grave y tranquila, cuyo semblante me era enteramente desconocido; y habiéndole preguntado su nombre: «Soy tu razón,» me ha contestado. Y con esto, nos abrazamos, y desde entonces, seguimos siendo tan amigos.

—Sois encantadora, querida mía—dijo el conde.—Os ruego que me contéis exactamente lo que haya podido deciros vuestra razón.

—¿De dónde salís?—le he preguntado.

—De un rincón de este aposento, me ha contestado.

—¿Por dónde entrasteis?

—Por la ventana, siguiendo los pasos de vuestro gran amigo...

—He de deciros, señor...

—Llamadme padre.

—Pues bien, padre mío, os decía que cuando mi gran amigo vino á visitar por la primera vez á Esteban, iba escoltado por una porción de espíritus celestes, uno de los cuales se llamaba Esperanza, otro Salud, otro Alegría...

—Y otro, Amor—dijo el conde interrumpiéndola.

—¡Os agradezco que le hayáis nombrado por mí! La Razón formaba la retaguardia, y de pronto, según me ha contado, se asustó tanto del ruido que armaba el Amor y de los aires de señor que se daba, que corrió á esconderse en un rinconcito, aguardando á que llegase su hora.

—Tiene paciencia, porque es eterna—dijo M. Leminof.

—Ahora decidme, para resarcirse, seguramente os habrá espetado una agría y prolongada reprimenda?

—Corta, pero buena. Me ha hecho presente que con menosprecio de mi dignidad y del buen sentido, no había temido decirle á mi gran amigo: «¡Si no me amáis, me mataré!» y que al contestarme éste: «¡Os amo!» me ha tratado como una loca rematada cuyas manías se halagan para calmarla. En una palabra, ha hablado tan bien, y lo que decía estaba tan acorde con el porte del personaje, con su manera de obrar, con sus miradas compasivas, con su melancólica ternura, que me he dejado convencer y he pasado un mal rato. He dormido mal, y me he despertado triste, pero mi razón me ha dado fuerzas para recurrir al remedio que me ha recomendado con frecuencia mi gran amigo: he ocupado mi entendimiento, me he puesto á pintar, de modo que, conmovida por mi docilidad, esa buena persona ha querido hacerme compañía y ha venido á instalarse en el fondo de la linda corola blanca cuya forma y

cuyo matiz se esforzaba mi pincel en imitar. Mi razón se ha acurrucado ahí, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y las manos por encima de la cabeza, á manera de las jovencitas rusas cuando meditan, á lo menos las que tengo la ventaja de conocer. Lo cierto es que he creído verla en esa postura, y le he dicho: «¡Explicaos!» Pero ella había discurrido tanto durante la noche, que cedió la palabra á la parnasia, y esta flor de los pantanos me contó extensamente su historia... «He ganado mi pleito, me decía, puesto que he echado flor, y sin embargo, como todos los litigantes ¡cuántas dilaciones no he tenido que aguantar!...» Me manifestó también que los grandes altibajos de la suerte que deslumbran á veces á los hombres y á las jovencitas rusas, son falaces; que *chi va piano va sano*, y que las felicidades duraderas se elaboran paso á paso y día por día, como las plantas de los bosques. Cuando hubo terminado, se elevó del fondo de su corola otra voz que murmuraba: «Gilberto no te ama todavía; pero te juro que llegará día en que te ame.»

—¡Querida razón mía!— exclamé— ¡te cojo la palabra!...» Y en ese momento me sentí tan tranquila, que experimenté un arrebato de entusiasmo por vuestra hija. «Tienes un alma fuerte, me dije, tienes un gran carácter!» Y corrí á abrazarme en mi espejo.

M. Leminof estaba hechizado, sorprendido, arrebatado.

—Yo que temía tanto esta entrevista, pensó; yo que esperaba lágrimas, síncope y arañazos por añadidura! Verdaderamente, mi hija es encantadora y ese Gilberto un hechicero!

—¡Hacéis bien en creer á vuestra razón bajo su palabral—dijo.—Vuestro gran amigo es un gran original; no obstante, quiero suponer que no es ciego, y vos sois muy bella, hija mía. Á decir verdad, tenéis los ojos tristes, las mejillas algo huecas y pálidas. Pero, tengamos paciencia... la felicidad...

—Hay palideces que no se borran jamás—dijo ella inte-

rumpiéndole.—Mi corazón lo olvidará todo, pero temo que mi semblante siempre conservará recuerdos. Pero ¡qué importa!—añadió gozosa— ¡si me encuentra demasiado pálida, me pondré carmín!

—¡Os lo prohibo!—dijo el conde recobrando su aire despótico.—Vuestra madre tenía la insoportable manía de embadurnarse el rostro. No quiero más pötes de carmín en mi casa; porque si os he de decir lo que siento, querida, lo que más me agrada es vuestra misma palidez. Será vuestro distintivo; no me parece mal que tengáis uno.

Estefanía no le contestó; pero levantándose y dando palmadas:

—Vamos, enviadme pronto á un colegio donde terminaré mi educación. Allí aprenderé á andar, á sentarme, á vestirme, á mover la cabeza con gracia, á coger un abanico sin romperlo... Claro que al principio parecerá que voy disfrazada; pero me formaré pronto; al año ya no seré para él el jovencillo de la túnica negra, y me amará.

—Aunque en punto á gracia nada tenéis que aprender, —le contestó su padre, que se había convertido en un modelo de galantería paternal—haré cuánto os plazca. Sois demasiado joven, todavía no tenéis diez y siete años y no se pasa el tiempo. Tendréis necesidad además de mudar de aires y salir de este castillo, de estos corredores y dejar la sombría figura de vuestro padre.

—No me asustáis ya—le contestó;—sin embargo, como vos, soy de parecer que estemos algún tiempo sin vernos.

—Me alegro que seamos de la misma opinión—dijo el conde.—Siempre he sido de parecer que en la vida como en el estilo importa mucho saber manejar las transiciones.

Levantándose á su vez, se acercó á la mesa donde había quedado abierto el herbario que pintaba Estefanía. Estaba encantado al ver á su hija tan razonable, porque á él le gustaba la razón en los otros; pero la benevolencia de que se sentía impulsado hacia ella se impregnó de estima y admiración cuando hubo paseado la vista por el herbario.

Sabía apreciar y admirar el talento de cualquier género que fuese.

—¡Qué descubrimiento acabo de hacer!— exclamó.— ¡Cómo! ¿Son obra vuestra esas magníficas pinturas? ¡Qué delicadeza en el dibujo! ¡qué verdad en el colorido! Sois una artista... ¿de dónde habéis sacado vuestro talento? Vuestra madre, á quien tanto os parecís en la fisonomía, no tenía pizca; ó mucho me engaño, ó nunca tuvo otra habilidad que la de pintarse la cara... Ese ranúnculo es una obra maestra. ¡Esto es coger *in fraganti* á la misma naturaleza!

Y miró á su hija casi con ternura... y digo casi, porque el relato que acabo de hacer no pertenece de ningún modo á la *leyenda de oro*; luégo, cubriendo con su mano el nombre de una planta escrito al pié de la hoja.

—¿Cómo llamáis á esta flor pardusca?

Estefanía se echó á reír.

—Caballero—le dijo—es el *gnaphalium sylvaticum*. Esta palabra proviene del griego: *Gnapto* (yo cardo) *gnapheus* (cardador) *gnaphalon* (borra, plumón). El fruto de los gnafales es lacio. Y ahora ¿deseáis saber el nombre de la familia y su historia? No tenéis más que decirlo, estoy pronto á satisfaceros.

—Me lleváis de sorpresa en sorpresa. ¡Yo que os creía incapaz de enlazar dos ideas! ¡Cuán injusto era!... ¡Ah! con que la botánica, decidme, era uno de los espíritus celestes que vuestro gran amigo...

—El primero que Gilberto me presentó. Yo le recibí al principio bastante mal; pero poco á poco conocí que tenía un trato encantador. La idea de Gilberto era que para ponerse bueno, Esteban debía ocuparse de otra cosa que de Esteban, y lo singular es que éste se decidió á creerle.

—Tenía muchísima razón y os admiro á entrambos, á él por haber predicado una moral tan sabia, y á vos por haberle atendido. ¡Y Dios sabe cuántos libros os habrá hecho leer!

—¡Ah!—exclamó Estefanía—si me pide la vida se la

daré; pero le desafío á que me haga leer otra cosa que no sea sus patas de mosca.

—¡Cómo!—dijo el conde admirado;—¿me parece que en vuestra infancia erais una gran lectora?

—Pronto se cumplirán tres años que tomé aversión á la letra de molde.

—¿Y eso por qué?

—Os lo diré francamente: porque os agradaba demasiado.

—¡Ingrata!—dijo.—No estáis en lo cierto. Si yo no hubiese tenido tanto cariño á mis libros, vuestro gran amigo hubiera continuado en el gran París, y vos, querida...

—¡Yo, ya no existiría!—interrumpió ella con amarga sonrisa...

Luégo, recobrando de súbito su alegría:

—Sí—decís bien—muy obligada quedo á vuestros libros. Así, para atestiguarles más mi respetuoso reconocimiento, me abstendré de tocarlos, por temor de echarlos á perder.

—Yo, ya sé—dijo el conde—quién os ha hecho aborrecer la lectura: el padre Alejo. El pobre hombre...

Pero ella, incorporándose:

—No habléis mal de ese buen padre. Ayer noche hizo una gran cosa... ¡Ha abrazado ante vuestros ojos el cadáver de vuestro enemigo á quien teníais la debilidad de insultar!

El conde se mordió la punta del bigote; pero como se había puesto de buen humor, no le ofendió la libertad de su lenguaje.

«En tus actitudes de reina—dijo para sí—con tus trágicos ademanes, tu aire, tus impetuosos gestos y tus arañazos, conozco que mi sangre circula por tus venas, mi corazón te reconoce.»

—Vamos á comer—le dijo ofreciéndole el brazo.

—¿Queréis hacerme un favor?—contestó cariñosamente—que me suban aquí un ala de pollo. No quisiera volver á ver á mi gran amigo hasta que me despida de él. Decidle que tengo jaqueca, pero no le habléis una palabra de mis reflexiones ni de mis proyectos. Deseo verle venir. Y por

otra parte, si por casualidad... se enamorara de pronto perdidamente de mí...

—Le he visto esta mañana—dijo el conde—y no debo ocultaros que estaba tranquilo como una estatua.

Estefanía suspiró.

—¡Oh mi querida razón—dijo—ven en mi auxilio!

—Adiós, querida hija—le dijo su padre.—Por mi honor puedo asegurar que hay una jovencita rusa de quien soy, hace un cuarto de hora, apasionado admirador.

—Á esto preferiría un poco de cariño—le contestó.

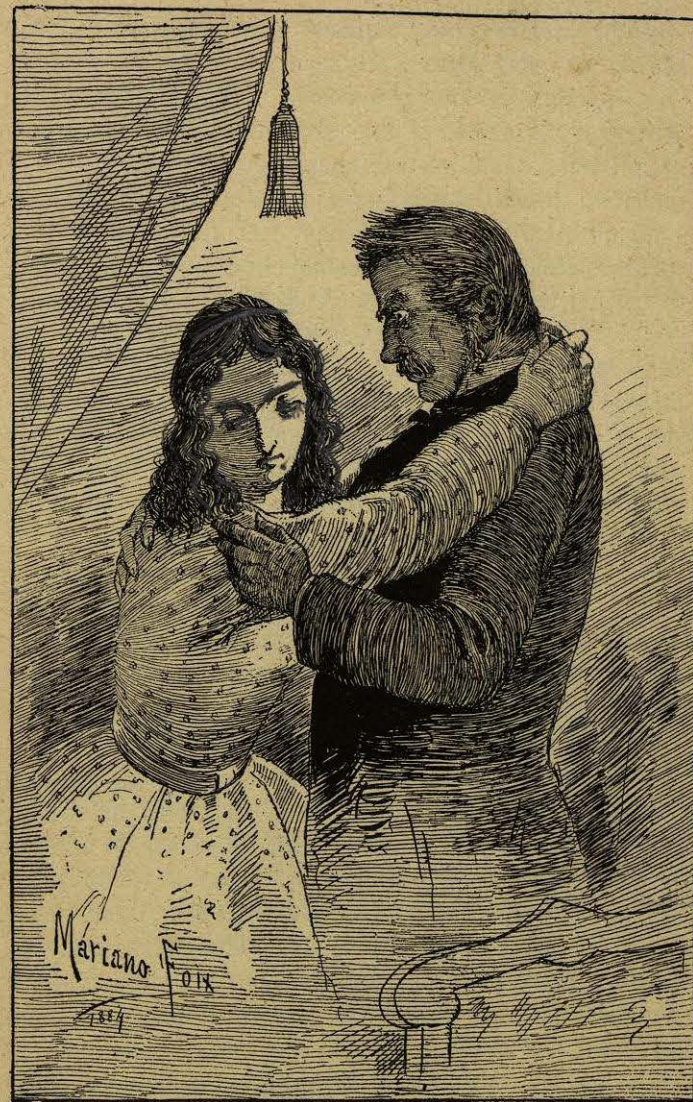
El conde se inclinó para cogerle la mano y besársela, pero ella se anticipó echándose en sus brazos.—Por dicha, bajó la cabeza y no vió la vacilación, la angustia y repugnancia feroz que se pintó de repente en el rostro del conde. Le cubrió precipitadamente el rostro con sus dos manos, y entonces no viendo más que la frente y la raíz del cabello:

—Son de un matiz más oscuro—murmuró; y dos veces seguidas le dió un beso.

Al bajar por la escalera, se decía:

—Mi hija es una notabilidad. Ayer con una mirada hizo hundir de nuevo en el polvo al infame que atentó á su honor; hoy está tranquila, es sensata, no lloriquea, no le dan soponcios; se chancea, sostiene diálogos muy razonables y pinta. ¡Qué pincel tan fácil y delicado! Tiene talento y valor. ¡Qué fuego en sus miradas! ¡Cómo debe uno desconfiar de las semejanzas! La pobre Olga no tenía ni talento, ni buen sentido, ni carácter. Era una linda cotorra que pasaba los días enlustrando su plumaje... Y luego los cabellos de la otra son más oscuros.

El día siguiente, al mediodía, enterraron á Vladimiro Paulitch. El conde y Gilberto acompañaron el cadáver hasta el cementerio. Cuando cayó sobre el féretro la primera paletada de tierra con aquel ruido ronco y hueco que es como el grito de la eternidad engullendo su presa, la mirada del conde Kostia se iluminó y salió de ella como un relámpago; pero se apresuró á bajar los párpados sobre



sus ardientes pupilas, y disimuló con gravedad y recogimiento la deliciosa emoción que le embargaba. Terminada la ceremonia, cuando habían llegado á las últimas casas del pueblo, rogó á Gilberto que le esperara, retrocedió, entró de nuevo en el cementerio, de donde acababan de salir los enterradores, y permaneciendo inmóvil en medio del cerro, bajo el cual yacía Vladimiro, permaneció algunos momentos en contemplación con los brazos cruzados y sonriente, hasta que habiendo escarbado la tierra, exclamó en el terrible lenguaje de Job :

—El sepulcro es tu morada. Erige tu lecho en las tinieblas. Asesino de Morlof, grita al sepulcro: «¡Tú eres mi padre!—grita á los gusanos:— ¡sois mi madre y mis hermanos! ¡Tus esperanzas han bajado contigo á las profundidades de la tumba, y ambos reposaréis en el polvo!»

Alejándose en seguida del cementerio á pasos lentos, se reunió con Gilberto, y cuando subía con él el camino enlosado que conducía hacia el castillo :

—Querido Gilberto—le dijo con amigable aspereza—creo que no abrigáis ninguna clase de preocupaciones y que no hallaréis ningún inconveniente en ser dueño algún día de algunos centenares de miles de escudos de renta. Advertid que al daros mi hija, soy yo el que queda obligado; tengo que pagarle una deuda considerable y únicamente vos podéis saldarla por mí. Por otra parte, así me hago dueño de vuestra persona. No os separaréis jamás de mí, y pasaremos nuestros días leyendo juntos el griego. Es lo único serio que hay que hacer en esta vida.

—Hacedme el favor, caballero —replicó Gilberto—de mandar llamar á vuestra hija y en su presencia os contestaré.

Luégo que entraron en el gabinete del conde y que Estefania acudió al llamamiento de su padre :

—Conde Kostia—dijo Gilberto—es una verdad de buen sentido, que un amor recíproco es la única excusa valedera para llevar á cabo la unión de dos personas de desigual linaje. Por lo tanto, aunque yo esté seguro de amar apa-

sionadamente á vuestra hija, ¿me atreveré á decir en su presencia que estoy igualmente cierto de sus sentimientos hacia mí? El amor es una elección y una preferencia. Viviendo en la soledad y en estrecha reclusión, no me ha elegido, no ha podido preferirme á ningún otro. Una feliz fatalidad que bendeciré siempre, sea el que quiera el desenlace, ha querido que yo sea su consuelo, y si me es permitido decirlo, el instrumento de su salvación. ¿No confunde acaso el amor con el reconocimiento que mi abnegación ha inspirado en su noble alma? ¿Está segura, que recobrando la libertad, el acaso no le hará encontrar al dar sus primeros pasos en el mundo algún objeto más digno de su cariño? ¿Y no debo temer que haciendo algún día terribles comparaciones para mí... ¡Ah! caballero, ¡consienta ella en sujetarse á esta prueba antes de empeñar su fe! ¡Ofrecedle ocasiones de frecuentar y observar el mundo y la sociedad, y decida entonces si entre los adoradores de su belleza, hay alguno cuyos homenajes prefiera á los de su Gilberto! ¡Si dentro de un año he ganado el pleito y su corazón me pertenece todavía, me entregaré sin escrúpulo á la ternura del amor que me ha inspirado, y mi orgullosa felicidad será igual á mi gratitud!

Durante este discurso, Estefanía miraba de cuando en cuando á su padre.

—No me había equivocado—le dijo Estefanía levantándose.—No me ama todavía. Para él sigo siendo el jovencillo de la túnica de terciopelo negro...

Y como Gilberto hiciera una exclamación:

—¡Oh! ¡no temáis que me mate!—le dijo sonriendo—el tiempo de los venenos y de los puñales ha pasado. Hombre sin fe, que temes andar por encima de las aguas, yo curaré vuestra incredulidad, pero si el médico os hace sufrir, no echéis la culpa más que á vos. ¡Imprudente! acabáis de ofenderme sin necesidad. Si como exige la buena educación me hubiéseis dejado hablar la primera, hubiérais oído como le pedía yo mismo á mi padre el aplaza-

miento de mi felicidad. He reflexionado mucho de veinticuatro horas á esta parte, y he comprendido que antes de casarse una joven que se respete algo, debe aprender á bailar, á hacer una reverencia... ¡Gilberto! ¡Gilberto! vuestra precipitación pudiera seros fatal. Pensad que acabáis de ofenderme, y que tal vez me améis algún día. Está escrito. ¿Qué pensaríais si en ese tiempo exclamara yo á mi vez: «No estoy segura de su cariño, pongámoslo á prueba?...» Gilberto, las mujeres son vengativas, y creo que no os cabe duda que, en punto á venganzas, la hija de mi padre... Pero tranquilizate, soy generosa. ¡Aguarda sin temor el 14 de Setiembre del año que viene y te aseguro que ese día se celebrará una fiesta de la que los ángeles se mostrarán celosos!

Al pronunciar estas palabras, le tendió la mano y como Gilberto quisiera besársela, la retiró con viveza, é irguiéndose con arrogancia:

—¡No te apresures tanto!—le dijo ella—créeme, llegará un día en que la besarás llorando y de rodillas!

Y saludándole con una sonrisa, salió corriendo.

El conde estrechó la mano á Gilberto.

—¡Sois el hombre más galante del mundo; pero las mujeres son mujeres! Gran jugada arriesgáis, amigo... Con que ¡mucho cuidado!

